

Una identidad terremoteada. Chile en 1960*

A Shaken Identity. Chile in 1960

Uma identidade terremoteada. Chile em 1960

AUTORES

Alfredo Riquelme Segovia

ariquels@uc.cl

Bárbara Silva Avaria

bsilvaa@uc.cl

Pontificia Universidad
Católica de Chile,
Santiago, Chile

RECEPCIÓN
7 Enero 2011

APROBACIÓN
11 Abril 2011

DOI

**10.3232/RHI.2011.
V4.N1.05**

Este artículo tiene por objetivo indagar en los vínculos entre grandes catástrofes y la construcción de identidades nacionales. Uno de los momentos históricos en que es posible analizar en profundidad esta problemática es en el Chile de 1960, por la coincidencia entre el gran terremoto de Valdivia y la conmemoración del Sesquicentenario, coyuntura que contribuyó a visibilizar las reflexiones y discusiones acerca de la nación, lo que a su vez, incidió en la reelaboración de sentido en torno a ella. Las fuentes que se utilizaron en la investigación fueron la prensa y otros escritos, a través de los cuales se difundieron las ideas representativas de las diversas versiones de la nación y las interpretaciones más gravitantes de la catástrofe que enfrentaba.

Palabras clave:

Chile; Siglo XX; Nación; Identidad Nacional; Identidad Territorial; Catástrofe; Conmemoración

The objective of this article is to investigate the links between big catastrophes and the construction of national identities. One of the historical moments where it is possible to analyze this situation in depth is Chile in 1960, because of the coincidental occurrence of the big earthquake in Valdivia and the commemoration of the sesquicentennial, circumstances which converged to help make visible the thoughts and discussions about the nation, which in turn, impacted the redefinition of meaning around it. The sources used during research were the press and other writings, through which ideas that were representative of the diverse ideas of the nation and the most significant interpretations about the catastrophe that the nation faced were spread.

Key words:

Chile; Twentieth Century; Nation; National Identity; Territorial Identity; Catastrophe; Commemoration

Este texto tem como objetivo indagar os vínculos entre grandes catástrofes e a construção de identidades nacionais. Um dos momentos históricos onde é possível analisarmos esta problemática em profundidade é no Chile de 1960, pela coincidência entre o grande terremoto de Valdivia e a comemoração do Sesquicentenario, conjuntura que contribuiu para visualizar as reflexões e discussões acerca da nação, que por sua vez, incidiu na revisão do sentido a respeito dela. As fontes utilizadas na pesquisa foram a imprensa e outros textos, através dos quais foram divulgadas as idéias representativas das diversas versões da nação e das interpretações mais gravitacionais da catástrofe que ela enfrentava.

Palavras-chave:

Chile; Século XX; Nação; Identidade Nacional; Identidade Territorial; Catástrofe; Comemoração

Terremotear.

1. *intr. Chile. Dicho de la tierra: Temblar con fuerza.*
2. *prnl. Chile. Experimentar momentos críticos en la vida.*¹

El ánimo de la sociedad chilena en 2010, el año del Bicentenario, experimentó una inesperada y radical modificación como consecuencia del fenómeno telúrico que a las 3:34 de la madrugada del 27 de febrero remeció a gran parte del territorio nacional. El terremoto de 8,8° en la escala de Richter que devastó las regiones del Bío Bío y del Maule, afectando directamente a la mayor parte de la población del país establecida en estas y otras regiones alcanzadas por la violencia del sismo y del *tsunami* que se desencadenó en las horas siguientes, así como las reacciones institucionales y sociales que la catástrofe produjo, transformaron la subjetividad de los chilenos y las prioridades nacionales a lo largo del año que comenzaba².

Hubo quienes enfrentaron esa metamorfosis repentina de la mentalidad colectiva y de las preocupaciones y políticas públicas como un acontecimiento inédito en la trayectoria del país. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, lo sucedido en 2010 no era sino la manifestación más reciente de un fenómeno constante y periódicamente presente en la historia de Chile: la súbita irrupción de las fuerzas tectónicas en su vida histórica³. Incluso, no se trataba de la primera vez que una significativa conmemoración nacional era sacudida por la furia de la naturaleza. Medio siglo atrás, en 1960, el año del Sesquicentenario de la independencia nacional, la población de las actuales regiones de los Ríos, de los Lagos, de la Araucanía y del Bío Bío había experimentado el terremoto más intenso desde que existen registros sísmográficos en el mundo: 9,5° en la escala de Richter⁴.

Conmemoraciones, catástrofes e identidades

En el mundo contemporáneo, la creación y actualización de conmemoraciones nacionales con sucesivos, diferentes y hasta antagónicos contenidos, ha sido una de las formas a través de las cuales distintos actores institucionales y sociales han enfatizado la dimensión histórica de sus visiones, evaluaciones, proyectos, políticas e iniciativas, posicionándolos en una larga marcha hacia la modernidad, el progreso, la ilustración, las libertades, la igualdad, la ampliación de la ciudadanía y otros fines que los han orientado o con los que han deseado legitimar sus prácticas⁵.

La conmemoración de ciertos acontecimientos históricos y la construcción del relato que da forma a cada una de esas efemérides, ha tenido como propósito más o menos consciente vincular racional y afectivamente a las actuales generaciones con una historia nacional de la que se les hace parte. Esa historia y los ritos conmemorativos en que ella se encarna han sido concebidos para forjar una continuidad pasado – presente – futuro de carácter genealógico, que tiende a situar la actualidad –usualmente cargada de diferencias, problemas y contradicciones evidentes– en una trayectoria de sentido larga, profunda, positiva y, en especial, unitaria de la comunidad imaginada, por sobre las diversidades, quiebres o sinsentidos propios de cualquier formación social⁶.

Aunque en las conmemoraciones se represente la unidad y la continuidad irrefutables de una colectividad, de hecho son ocasiones no sólo de preservación, sino también de modificación o transformación de la memoria y la conciencia históricas de las comunidades nacionales, correspondientes a los cambios en su imaginario y en el balance de poder entre sus componentes⁷. En el caso chileno, al iniciar la investigación de la que este artículo es un primer producto, dos acontecimientos aparecieron a nuestra mirada como los objetos de conmemoración que más han gravitado sobre las actuales generaciones: el hito fundacional de la nación y la república del 18 de septiembre de 1810; y el quiebre político, ético y social del 11 de septiembre de 1973. En este sentido, nos propusimos abordar la conmemoración sesquicentenaria de 1960 en un contrapunto tanto con las conmemoraciones referentes a la independencia, y principalmente con el Centenario en 1910 y el Bicentenario en 2010⁸, como con las relativas a la ruptura de 1973⁹.

Desde ese punto de vista, interpretamos el Sesquicentenario como punto medio entre el Centenario y el Bicentenario, no sólo en el obvio sentido de su equidistancia en el tiempo entre 1910 y 2010; sino porque tras la continuidad real e imaginada de la nación que se conmemora, hacia 1960 pueden apreciarse profundas diferencias en la representación del país respecto a los comienzos del siglo XX y en relación a la primera década del siglo XXI. Por otra parte, situamos las ideas e imágenes de Chile que se expresaron en torno al Sesquicentenario en la trayectoria que conduciría hacia 1973, en la medida que en 1960 ya son visibles las ideologías y representaciones de la nación, así como los correspondientes proyectos de país cuya colisión culminaría en la destrucción del propio sistema democrático que había hecho posible su despliegue¹⁰.

No obstante, al internarnos en el laberinto de las fuentes, descubrimos que también se hacía ineludible abordar en nuestra investigación la coincidencia de la conmemoración sesquicentenaria con ese acontecimiento de otra naturaleza que impactó poderosamente sobre las representaciones de la nación en 1960: el terremoto más intenso desde que existen registros sismográficos en el mundo. A partir de esa coincidencia entre la conmemoración esperada y el acontecimiento inesperado, y de la impronta que dejó en testimonios orales, escritos y visuales, se nos impuso ineludiblemente la pregunta por la imbricación en el imaginario colectivo entre fenómenos como los terremotos y artefactos simbólicos como las conmemoraciones nacionales. Ello ha implicado considerar además, en el caso chileno, que los movimientos telúricos de consecuencias catastróficas han sido una constante que periódicamente impacta la historia del país y de la propia construcción nacional. Por una parte, las catástrofes, y dentro de ellas, por cierto, los terremotos, han sido integrados en diversos discursos acerca de la identidad chilena; y por otra parte, en esas situaciones apocalípticas, ciertos rasgos imaginados de la nación parecen adquirir una contundente materialidad¹¹.

De esa manera, la propia lectura de las fuentes de 1960 sumada a nuestra sensibilidad avivada por el sismo de febrero de 2010, nos puso ante la evidencia de que los movimientos telúricos de gran magnitud no sólo acarrear consecuencias humanas y materiales dramáticas; sino también inciden en la resignificación de identidades y en la reestructuración de vínculos sociopolíticos que, a su vez, se articulan en diferentes versiones de la identidad nacional.

Chile hacia 1960

Al aproximarse a la conmemoración del Sesquicentenario, Chile llevaba cerca de tres décadas de estabilidad constitucional y algo más de dos décadas involucrado en un proceso de industrialización cuyos frutos, aunque reales, distaban de satisfacer las expectativas que se habían puesto en él.

En los espacios urbanos, donde se concentraba crecientemente la población, se había ido configurando un rico y complejo tejido social estrechamente vinculado con el sistema político. Asimismo, el progreso de la alfabetización sumado a la masificación del acceso a tecnologías como el cine y la radio, estaban modernizando y globalizando el imaginario de la sociedad y de sus integrantes. La entrada en escena de nuevos actores sociales y la gradual ampliación de la ciudadanía, sumada al despliegue de la cultura de masas y a la consolidación de una nueva intelectualidad de origen mesocrático y popular, estaba transformando las maneras de pensar e imaginar la nación.

Por otra parte, el contexto internacional ordenado en la lógica de la *Guerra Fría*, en términos del alineamiento en bloques y la diferenciación dicotómica entre éstos, y marcado por la descolonización que reemplazaba un mundo de imperios por uno de estados nacionales, incidía en el modo de concebir las identidades colectivas. Éstas eran pensadas y representadas en su vinculación y definición respecto de realidades y conceptos globales como capitalismo, imperialismo, democracia, socialismo o comunismo. En ese marco, acontecimientos como la Revolución Cubana de 1959 y la réplica estadounidense de la *Alianza para el Progreso* que llegaría en 1961, o el retroceso del conservadurismo en la Iglesia Católica que cristalizaría en el Concilio Vaticano II convocado en 1959, incidieron directamente en la manera de imaginar la nación en América Latina y, desde luego, en Chile. También influyó en ella la confianza en el progreso científico y tecnológico que redefinía las relaciones entre el ser humano y la naturaleza, y que se expresaba –entre otras cosas- en la emoción con que se seguía el inicio de la carrera espacial.

En ese marco, en las elecciones presidenciales de 1958, tras dos décadas de hegemonía de centro-izquierda, se había impuesto estrechamente el candidato de la derecha, el ingeniero independiente Jorge Alessandri Rodríguez, apoyado por los partidos Conservador y Liberal, alcanzando poco menos de un tercio de la votación. El vencedor había sido seguido muy de cerca por el candidato de la izquierda, el médico socialista Salvador Allende, respaldado por su partido, por el Partido Comunista –legalizado tras una década de proscripción- y por otras formaciones menores integradas en el Frente de Acción Popular (FRAP). El tercer lugar lo había obtenido el abogado Eduardo Frei Montalva, respaldado por el Partido Demócrata Cristiano (PDC), fundado en 1957 mediante la fusión de la Falange con la tendencia socialcristiana del conservadurismo y con formaciones menores surgidas de la disolución del populismo ibañista que había alcanzado el gobierno en 1952. El candidato del centrista Partido Radical –que encabezó sucesivas coaliciones gobernantes entre 1938 y 1952- quedó relegado al cuarto lugar.

El gobierno de Jorge Alessandri no logró emprender la aceleración de la modernización capitalista de la economía que se había propuesto, debido a las propias resistencias del empresariado nacional y a la alianza que debió establecer con el radicalismo para lograr un respaldo parlamentario suficiente. A ello se sumaba una fuerte movilización social liderada por la Central Única de Trabajadores (CUT), formada en 1953, así como la dura oposición política del PDC y del FRAP, que aspiraban a lograr la victoria en las siguientes elecciones presidenciales, para implementar sendos proyectos de transformaciones estructurales de orientación social-cristiana y socialista, respectivamente.

En ese contexto político, social y cultural, la conmemoración en 1960 de los 150 años de trayectoria nacional y republicana, fue asumida principalmente por personas, organizaciones e instituciones públicas y privadas vinculadas al quehacer intelectual, comenzando por la Universidad de Chile, que desplegó las iniciativas más significativas, así como por empresas editoriales y revistas que desde el comienzo del año imprimieron publicaciones especialmente dedicadas a reflexionar sobre la trayectoria histórica y la identidad nacional desde diversos puntos de vista.

Catástrofe en el Sesquicentenario

El 21 de mayo de 1960, como ocurría hacía largos años en esa fecha en que se conmemoraba una de las principales efemérides bélicas del siglo XIX, el país esperaba el discurso del Presidente de la República en la ya tradicional cuenta anual del gobierno. En la madrugada de ese día, poco después de las seis de la mañana, gran parte del territorio nacional despertó con dos fuertes movimientos sísmicos. La noticia no tardó en llegar: terremoto 7,3° en la escala de Richter, con epicentro cerca de Concepción. Este acontecimiento cambió el programa diseñado para el 21 de mayo:

[...] se dejaron de mano los trajes de etiqueta y uniformes diplomáticos, vistiendo tanto el Presidente de la República, como demás asistentes, trajes de calle. Del mismo modo, no se usaron las carrozas de gala para el traslado del Presidente y sus Ministros, de la Moneda al Congreso, sino que automóviles, y se dejó sin efecto la formación y desfile de las tropas de la Guarnición¹³.

Por cierto, Alessandri comenzó hablando aquel 21 de mayo acerca de ese primer terremoto, mostrando en el discurso la austeridad que había convertido en su sello, pero a la vez relevando la situación que se vivía en el sur de Chile:

Con el ánimo consternado ante la desgracia que aflige [sic] al país por el movimiento sísmico ocurrido hace pocas horas y que ha afectado principalmente a la ciudad de Concepción, y en el que nuestros pensamientos y nuestros recuerdos están junto a los caídos, heridos y damnificados, debo con todo, en cumplimiento de un deber constitucional, llegar hasta vosotros a dar cuenta del estado político y administrativo de La Nación [...] ¹⁴.

Sin embargo, aún no había ocurrido la catástrofe que todo el mundo recuerda como el sismo más violento registrado en la historia. Mientras recién comenzaban a evaluarse los daños que había dejado el movimiento telúrico del día anterior, el domingo 22 de mayo, poco después de las tres de la tarde, se produjo el gran terremoto que asoló el sur del país con la mayor intensidad conocida en el mundo, desatando a su vez un maremoto que agravó la ya enorme devastación provocada por el sismo.

El cataclismo, que alcanzó una magnitud de 9,5° en la escala de Richter y cuyo epicentro estuvo situado a 144 kilómetros al noroeste de Valdivia, consistió en un salto de hasta 18 metros de la placa de Nazca bajo la placa de América del Sur que asoló de mar a cordillera todo el territorio comprendido entre Talca y la Isla de Chiloé¹⁵. “El choque principal, que se produjo [...] a las 3.14 pm., hora local, fue el mayor que se ha registrado hasta la fecha, de este tipo de movimiento sísmico”¹⁶.

Así recordaba un valdiviano esos interminables momentos:

Era tan fuerte que no podíamos tenernos en pie: ¡cuando levantaba un pie, se me caía el otro! Empezamos a rezar con fervor, y le pedí a José Manuel [Santos Ascarza, obispo de Valdivia] que nos diera la absolución a todos los que estábamos ahí, porque esto no paraba nunca ¡pero el obispo estaba blanco como sábana y se le olvidó! Seis minutos después finalmente se detuvo, y partí a la plaza a ver qué pasaba. En el camino vi las grietas en las calles y las casas caídas, pero lo más impactante fue que el Calle Calle se había secado y los pescados se retorcián en el fondo¹⁷.

La intensidad del terremoto fue tan grande, que quizás era difícil de dimensionar para la mayor parte de la población. Por lo mismo, los especialistas ofrecieron una comparación que podía hacer algo más inteligible ese 9,5° Richter del que todos hablaban. “El diario *La Tercera* señaló que el terremoto había liberado la energía suficiente para iluminar Chile durante 180 años y seis meses [...]”¹⁸.

Pero la historia no terminó ahí. Una hora más tarde se produjo el *tsunami* que arrasó con pueblos y ciudades costeras.

A las 16:10 hrs. el mar comenzó a retirarse a toda velocidad, con un ruido impresionante, como de succión metálica sobre una rugiente catarata. Como si fuese una nebulosa, un banco de arena que normalmente se encontraba a tres metros de profundidad, emergió del río. La gente gritó: “¡Estamos perdidos: un volcán!”¹⁹.

Minutos después de sufrir la furia de la naturaleza, comenzó a ser evidente el desastre y el caos en los pueblos y ciudades del sur, y la difícil situación que tendría que enfrentar la población. Así se recordaban los momentos que siguieron al terremoto y maremoto:

En la plaza estaba el griterío y el desorden más espantoso. Ahí se me acercó el comandante del regimiento y me dijo que o me hacía cargo de la situación, o me hacía

responsable. Tuve que hacerlo, y convoque a un cabildo abierto en el lugar para decidir cómo mantener el orden, porque ya llegaban los cuentos de saqueos. Todas las vías de comunicación estaban cortadas y no había manera de recibir instrucciones, entonces decidimos instaurar toque de queda. Eran las seis de la tarde y no sabíamos si Valdivia era la única ciudad chilena a salvo²⁰.

A pesar de su dramatismo, estos relatos apenas logran expresar la experiencia límite vivida por los habitantes del sur del país, quienes en los días y semanas siguientes enfrentaron la amenaza de una nueva catástrofe: el curso del río San Pedro había sido interrumpido por un gran derrumbe y las aguas del lago Riñihue subían peligrosamente de nivel, lo que –de no mediar un enorme esfuerzo del Estado y la comunidad para impedirlo- habría arrasado todo su entorno, incluyendo la ciudad de Valdivia²¹.

La experiencia de esa sucesión de situaciones límite provocó un profundo impacto en las personas y comunidades afectadas, que debieron movilizar todos sus recursos para sobreponerse al cataclismo y restablecer una mínima normalidad en su existencia material, en sus lazos comunitarios y en su subjetividad alterada por la adrenalina y el trauma.

Todo ello condicionó el devenir político y social de aquel año. Y, en el ámbito que nos interesa, ese fenómeno natural, explicable geológicamente, incidió de modo determinante en la actualización y modificación de algunas imágenes e ideas de la nación.

La nación telúrica

La inédita magnitud del sismo que azotó al sur de Chile en mayo de 1960 reforzaría la importancia de la representación telúrica de la nación en medio del siglo XX chileno. Esta representación primordialmente territorial de la nación tenía ya una larga duración en un país donde se había ido articulando de distintas maneras con representaciones raciales o épicas de su identidad²². Éstas, sumadas a ideas e imágenes institucionales y espirituales de la nación, darían forma a la elaboración subjetiva del trauma que significó el gran terremoto del 60. Y, a su vez, el acontecimiento telúrico incidiría en una mayor relevancia de esta representación de la nación, la que se manifestó con motivo del Sesquicentenario, en la medida que la situación conmemorativa era una ocasión privilegiada para que se expresaran las distintas versiones y visiones de la nación entonces existentes.

Es así como la idea de la nación como un territorio peculiar en el continente, era reiterada por el diario del gobierno durante esas fiestas patrias: “Chile, adorada patria nuestra –que te extiendes desde la línea Concordia, por el norte, y, por el sur, hasta el Polo del mismo nombre y entre la Codillera de los Andes y el Mar Pacífico-, ensalzado sea tu nombre por la Humanidad, por tu gloriosa y noble historia [...]”²³.

En el proceso de construcción de naciones confluyen varios factores de distinta índole

para configurar cierta identidad de la nación, y por lo tanto su reconocimiento, en su interior y también desde otras naciones. En una introducción a las problemáticas que involucra una conceptualización de la nación, Eric Hobsbawm usó la distinción entre criterios objetivos y subjetivos. Los objetivos serían la lengua, etnicidad, territorio común, historia común, rasgos culturales, entre otros. Los subjetivos consistirían, básicamente, en la voluntad de ser nación y la afirmación de la soberanía, que concurrirían a la formación de una conciencia nacional²⁴.

La espacialidad de la nación se identifica como uno de esos criterios “objetivos” del proceso de construcción nacional. Y un modo de hacerse cargo de esa geografía, es a través de una unidad político-administrativa, el Estado, que ejerce su potestad en unos determinados límites territoriales. Pero también las sociedades pueden hacerse cargo de su espacialidad a través de la elaboración de discursos nacionales sobre el entorno geográfico, apropiándose así subjetivamente de los paisajes sobre los cuales se ejerce la potestad estatal.

Si bien desde los orígenes de la nación moderna en Chile la concepción territorial tuvo gran importancia, en términos de una unidad geográfica relativamente reconocible, y de la conciencia de configurar una suerte de “isla” unida al continente pero a la vez separada de él, esa concepción territorial había experimentado un resurgimiento en las décadas anteriores a 1960, vinculándose estrechamente con diversos modos de caracterizar a sus habitantes: los chilenos.

Una de las expresiones de aquella fuerte presencia del territorio para el Sesquicentenario fue, precisamente, un congreso de geografía con participación de las provincias y con exposiciones gráficas relativas al tema en algunos núcleos urbanos de relevancia a nivel regional (Antofagasta, La Serena, Concepción y Valdivia): “Se informa que desde el 3 al 12 de octubre se efectuará en Santiago -como un acto oficial de la celebración del sesquicentenario- el Primer Congreso Nacional de Geografía. Este será complementado con una Exposición de Recursos Naturales”²⁵.

Además, se estrenó el documental *Sesquicentenario*, el que se presentó como un “breve y bello panorama de estampas chilenas –dura 11 minutos- con paisajes, tipos y matizadas visiones de la variada naturaleza de nuestra geografía”²⁶.

La conciencia sobre la espacialidad de la nación se observa a través de las compilaciones que se hicieron alrededor de 1960 o bien, explícitamente con ocasión del Sesquicentenario de la república en el ámbito académico, ya fuese desde el mundo de la historia y –por cierto- la geografía, o bien desde la literatura. En esta línea, se encuentran publicaciones como *Chile a la Vista*²⁷, *Autorretrato de Chile*²⁸, *Antología para el Sesquicentenario*²⁹, o bien los números especiales de los *Anales de la Universidad de Chile*³⁰ editados con motivo de la conmemoración. Por otra parte, la exposición *El Rostro de Chile*, realizada también por la Universidad de Chile en el marco de las actividades del Sesquicentenario, expresó mediante registros fotográficos la diversidad geográfica de Chile, y también, la diversidad humana presente en la nación. En el discurso inaugural de la exposición, se declaró el principio que orientó esta muestra artística.

Hemos procurado ser leales con nuestro país y con nosotros mismos al evitar concesiones deformantes a una falsa glorificación histórica, a un embellecimiento idílico preconcebido

de Chile y su gente y a una orientación estética convencional y carente de fuerza expresiva y de sustancia. Ante nuestros ojos se deslizará este ciclo y cuantos le sigan, mostrando a la vez el gozo y la adversidad que el escenario de Chile nos depara, la discontinuidad de nuestro esfuerzo, nuestra riqueza y nuestra miseria, nuestros triunfos y nuestras derrotas, lo poco que está hecho y todo lo que está por hacer³¹.

La exposición surgida de la mirada renovada de algunos de los mejores fotógrafos del país, imprimió en el papel fotográfico una multitud de significados de ser “chileno”, gentilicio que aglutina a campesinos y pampinos, chilotas y santiaguinas, escolares y jubilados, aymaras y mapuches, universitarios y pescadores, entre tantos otros. En ese sentido, la rica diversidad humana recogida en *El Rostro de Chile* es innovadora respecto a las interpretaciones instaladas de la nación, en cuanto la representación de la multiplicidad de paisajes y de la complejidad de su geografía física, está íntimamente imbricada con los seres humanos que les dan sentido, estableciendo desde ese vínculo y con toda la potencia de un arte visual entonces emergente, una clave formidable para abordar la problemática de una nación étnica y socialmente no sólo diversa, sino profundamente asimétrica y desigual.

En general, las representaciones sesquicentenarias de Chile actualizaron una visión espacial de la nación, que se hizo cargo de variadas maneras de la diversidad geográfica del país. Los contrastantes paisajes que componen esta “unidad” que sería Chile, constituirían una particularidad de esta nación, una característica sobresaliente de su imagen, hacia el interior y hacia el mundo.

El entorno sería un punto de partida, o más bien, una referencia explicativa para analizar las distintas sociedades locales que, en íntima relación con su paisaje particular, se comprenderían como los componentes diversos de una nación unida. La diversidad de paisajes en latitud y altitud, fauna y flora, temperatura y humedad, quietud y movimiento, configuraría las características de los miembros –recios, sufridos, valerosos- de esta comunidad imaginada: la nación chilena.

Aun cuando no se afirmara un explícito determinismo geográfico, sí está presente un componente esencial de éste, en la medida en que surgirían distintos “tipos” humanos según el paisaje que se habita. En esa representación de la “unidad entre la tierra y el hombre” se intentaría encontrar la respuesta a cómo configurar una nación intrínsecamente diversa, en una época en que el discurso de la diversidad no tenía la fuerza y acogida casi universal que encuentra hoy en día. Entonces, el modo de asimilar dicha diversidad fue a través de la geografía, como una representación que dotaba de un rasgo identitario al Chile de la época, tanto para sus propios miembros como para la imagen en la comunidad internacional. Así lo expresaba un artículo sobre el terremoto en la revista turística de Ferrocarriles del Estado:

Chile, por esto y por su inquietante geografía, es acaso un país único en el mundo. Somos tierra de montañeses y marineros. Tenemos todos los climas: el norte, árido, semitropical y rico en caliche, sostiene el desierto de Atacama. El norte chico, la zona central y el sur son regiones verdes y agrarias. Magallanes es la antesala de nuestro territorio antártico que limita con el polo austral³².

En esa misma revista, un artículo sobre educación denunciaba la influencia extranjera sobre el país, postulando una enseñanza propiamente nacional. Ese planteamiento se hacía argumentando la necesidad de explotar internamente los recursos naturales del país, señalando precisamente, que su diversidad geográfica exigía soluciones propias que la consideraran.

Hemos vivido tomados de las pretinas de otros países en cuestiones educacionales, tiempo es ya que nos independicemos [...] Hoy nuestro país tiene la necesaria madurez pedagógica para estructurar su propia enseñanza frente a sus complejos problemas económicos y sociales. Chile tiene una definida realidad ambiente, somos un país dividido en zonas bien demarcadas con sus riquezas propias que esperan ser industrializadas convenientemente, conocemos nuestra idiosincrasia de criollo, pueblo joven, con sus energías intactas y un vasto porvenir [...] construyamos entonces un sistema educacional con este rico material humano y con lo que la naturaleza nos ha obsequiado, aprovechando tan supremos atributos³³.

Incluso las manifestaciones tradicionales de la identidad chilena serían parte de esta concepción de la nación en su territorialidad. De este modo, en un artículo de la revista magazinesca más influyente de la época, el folklore se hace inteligible, precisamente, en vinculación con la geografía. “La cueca es dionisiaca, agraria, con la propia condición telúrica del país y del paisaje incorporado a su ritmo. Somos una tierra de pelea y de abordaje, donde todo, victorias y derrotas, requiere una conquista mano a mano. Pero hay que luchar primero”³⁴.

Entre esas condiciones geográficas y territoriales de Chile se destaca, precisamente, su carácter sísmico. Como se mencionó anteriormente, el terremoto de mayo del 60 fue determinante para la representación de Chile durante el Sesquicentenario, reforzando la centralidad de la imagen territorial de la nación. Pero –como también ya lo señaláramos- la condición sísmica de Chile es más permanente que un solo movimiento de tierra, por poderoso y devastador que haya sido. Era así como, poniendo la sismicidad en el centro, en la revista turística ferroviaria se elaboraba una vez más el vínculo entre entorno geográfico y carácter social.

Entre movimientos sísmicos, marejadas y estallidos volcánicos se desarrolla nuestra vida desde tiempos inmemoriales. De ahí que el chileno sea recio y sufrido, lo que le permite agrandarse en la adversidad. Vive en la incertidumbre de su mar y su montaña, y por sobre calamidades telúricas levanta su serenidad plasmada en el duro yunque del dolor y enjugando las lágrimas, sus ojos miran siempre al porvenir. Con paciencia de hormiga y con fuerzas de titán se entrega a rehacer lo deshecho, a reconstruir la obra de muchos años que los temblores y maremotos le arrebatan en un instante³⁵.

El acontecer telúrico aparece como una característica presente desde los orígenes de la nacionalidad y que la acompañará por siempre. De este modo, ese carácter sísmico estaría instalado en la médula de una visión a la vez ancestral y perenne de la nación, concebida como una esencia que se despliega inmutable en la larga duración, ya que ese artículo relata que en Chile se habían registrado diecisiete terremotos “desde el comienzo de la nacionalidad”, refiriéndose al sismo de 1570³⁶. Así, implícitamente, el origen de la nacionalidad se identifica con el inicio del registro de un acontecimiento geológico.

Una comunidad forjada frente a la adversidad

La continuidad de la resistencia a la adversidad telúrica es asumida como un rasgo definitorio de la nacionalidad, o del pueblo, o de la raza o del espíritu que la constituye. Esa definición identitaria fue parte del discurso del pensador español José Ortega y Gasset cuando visitó Chile en 1928, y habló ante el Congreso Nacional, impresionado por la actitud de los chilenos frente a catástrofes telúricas como la que recientemente había azotado a Talca: “[...] tiene este Chile florido algo de Sísifo, ya que como él, parece condenado a que se le venga abajo cien veces, lo que con su esfuerzo, cien veces elevó”³⁷.

Esa misma imagen reiteró, Gabriela Mistral después del terremoto de Chillán de 1939, eso sí, afirmando la primacía del esfuerzo humano sobre la naturaleza:

Hay en nuestra gente un estoicismo no helado sino ardiente, una decisión tal de poseer y de gozar su tierra, que la furia telúrica se la quita de las manos apenas un momento. Allá están ellos, mientras yo los cuento, con la tierra otra vez recobrada, planeando y haciendo. Se sabe que este fenómeno de vitalidad y ardor es propio de las regiones telúricas, y que son precisamente ellas las que menos quieren morir, porque el fuego las hace más alácritas, más heroicas [...]³⁸.

En 1960, frente a la adversidad producida por esta catástrofe que se adjetiva como nacional, emerge la nación como colectividad solidaria, la comunidad que se levanta frente a los avatares de la fuerza endógena del planeta, la combate y puede sobreponerse. La fortaleza de esta nación surgía, precisamente, de esa solidaridad.

En palabras de la revista Zig-Zag, días después del cataclismo:

La ira sísmica ha tenido en Chile caracteres mesiánicos [...] Cuando todo Chile se aprestaba a la celebración de la mayor efeméride de su historia naval [...] la furia geológica cortó, trágicamente, todo boato y sumió al país en la tragedia. Pero, al mismo tiempo, mostró la fibra de resignado coraje con que el pueblo, fustigado implacablemente y casi en forma periódica por los desmanes de la naturaleza, encara estas imprevisibles catástrofes nacionales³⁹.

En este mismo sentido se expresaba pocas semanas después el rector de la Universidad de Chile:

Cada uno de nosotros, como chileno, está dispuesto a cumplir con los deberes de solidaridad humana mediante un trabajo intenso y organizado en aquello para lo cual cada uno está mejor preparado y para poner en la excelencia de la ejecución, la satisfacción del sacrificio. Estamos dispuestos a entregar todo lo que somos o tenemos [...]⁴⁰.

A partir de la movilización de la sociedad en su conjunto que se generó luego del terremoto, es posible observar cómo se van destacando algunos rasgos de la población que la

caracterizarían desde un pasado remoto y que situarían las actitudes de los chilenos de aquel momento en una historia tan larga como ejemplar:

Templado su espíritu en el crisol originario de la raza y en el del conquistador español, Chile ha tenido el privilegio de aceptar lo fatal sin alargar su congoja ni encoger su pujanza. Hay en el carácter de la nacionalidad un sorprendente equilibrio entre cómo recibe el éxito y cómo afronta la desventura⁴¹.

Fue frecuente que en lo dicho y lo escrito después del terremoto, se hiciera referencia a las características de la *raza chilena* que permitían que la nación enfrentara fuerte y unida esta situación potencialmente desintegradora. Así lo proclamaba en su primera plana el diario del Partido Conservador dos días después del cataclismo: "El espíritu de la raza supera la gran prueba"⁴².

En este contexto, se planteaba una suerte de continuidad asociada a la condición sísmica de Chile, referida a un *espíritu* perenne de su pueblo. Esa continuidad vinculaba el proceso *biológico* de la formación de una raza con las condiciones territoriales que la habían forjado, lo que daba como resultado esa voluntad de superar la destrucción que debía enfrentar cada cierto tiempo y que constituía la clave de la supervivencia nacional:

En medio de la ruina y de la muerte se alza también magnífico y consolador el espíritu enorme de Chile que bajo la luz de la estrella solitaria nos dice: ¡Adelante! Y las poblaciones del sur oyen la voz de la raza, entierran a sus muertos, y secándose las lágrimas comienza con serena y doliente energía a reconstruir sus pueblos arrasados, porque Chile no puede morir⁴³.

Se puede sostener entonces que una de las características principales de este pueblo o de esta raza es la solidaridad con que responde ante las catástrofes, y otra es su capacidad de reconstrucción. Esas características se evidenciarían en la participación de la población para superar el caos que dejó el terremoto, lo que impulsó acciones inmediatas que se orientaron en un sentido nacional.

Pero, sobre todo, es halagüeño para la profunda conciencia de nacionalidad estrechamente unida que sustentamos en esta casa, el comprobar cómo, ante la tragedia austral, se han movilizad todos los chilenos y se han olvidado, momentáneamente, las asperezas y las dificultades existentes entre diversos grupos, para dar paso sólo a un amplio sentido de comprensión y de colaboración solidaria⁴⁴.

Raza y religiosidad

Los diversos relatos que se publicaron en la prensa después de los acontecimientos del 21 y 22 de mayo generalmente se sustentaron a partir de la imagen del caos y muerte que

se instaló en el sur del país por esos días. Incluso, algunas descripciones adquieren rasgos apocalípticos frente a la enormidad del poder de destrucción del terremoto, como en el editorial de la revista jesuita *Mensaje*:

Chile está de duelo. Un espasmo gigantesco de la tierra, un avance enloquecido del mar, y lo que era prosperidad y orden se transformó en una masa caótica de escombros. Unos cuantos minutos bastaron para destruir el esfuerzo de muchas generaciones. Desaparecieron puertos, se borraron caminos, se hundieron puentes. Ciudades y aldeas se desplomaron como castillos de naipes. Las montañas se trizaron y avalanchas inmensas cayeron sobre los valles y cambiaron el curso de los ríos. ¡Trágica visión del Apocalipsis! Un mundo sin cimientos, desquiciado, vomitando lava y humo, desgarrado en grietas profundas, arrastrando al hombre en su convulsa ruina⁴⁵.

La “prosperidad y orden” que caracterizarían al Chile previo al terremoto había sido destruida por la naturaleza, ante lo cual sólo quedaba en pie la fe cristiana que animaría a la nación. En última instancia, en ésta radicaba la capacidad de resistir y reconstruir del pueblo chileno, su unidad nacional y su patriotismo.

[...] los escombros se humedecieron con sangre y llanto; hay mucha destrucción, mucha miseria. Pero no es momento para el creyente de dudar sino, por el contrario, de ahondar su fe y de reafirmar su esperanza. Las grietas y los escombros de ese Sur devastado son al mismo tiempo un trágico símbolo: eso es ‘este mundo’, un mundo sin fundamento estable, sin seguridad, un mundo cuya esencia es ‘pasar’. Sólo en Dios, sólo en Cristo, podemos realmente ‘esperar’. Y él no nos abandona. Él está con nosotros [...] De los escombros puede surgir no sólo un nuevo y próspero sur sino un Chile más puro y más grande. De nosotros dependen que ese inmenso dolor sea fecundo [...] Sólo así reconstruiremos Chile, sólo así el dolor de tanta gente habrá dado humano fruto; las ruinas dejarán de ser lápidas y serán lo que deben ser: cimientos de un Chile mejor⁴⁶.

El diario conservador también situaba en el “noble espíritu cristiano” de los chilenos la piedra angular de la fortaleza y la unidad de la nación ante la adversidad:

Frente a la extraordinaria magnitud de la tragedia que ha azotado a una extensa región del territorio, enlutando a todo el país, se han producido las más nobles reacciones desde todos los campos de la actividad nacional, porque, ante el dolor y la desgracia, los chilenos siempre proceden con una profunda conciencia patriótica y con noble espíritu cristiano, elevando los corazones, fortificando su fe en los destinos de la nación, retemplando en el crisol del sacrificio sus más encendidas aspiraciones de bienestar común [...] Es alentador para el sentimiento patrio y para la concepción de unidad nacional que vigoriza el carácter de nuestro país, ver que estas concepciones estructurales de la vida chilena se ponen en evidencia en cada oportunidad en que ello es indispensable⁴⁷.

Para *El Diario Ilustrado*, la unidad de la nación en su homogeneidad religiosa se articulaba con el supuesto de la raza particular que se habría desarrollado en este territorio.

La solidaridad, como se ha llamado a esta expresión externa de la caridad y el amor, ha brotado espontáneamente de todos los chilenos. Ella ha sido tan natural, tan profunda y tan universal, que ha pasado hoy día a constituir tradición, porque en ella nuestra realidad de chilenos se ha sentido verificada, y nuestro ser nacional ha logrado una plenitud [...] Se diga lo que se diga, la reacción de nuestro pueblo ha sido la reacción de un pueblo cristiano. Ahora no se ha recurrido a esquemas intelectuales para actuar, sino que todo nuestro subconsciente afloró potente [...] Este espíritu es el espíritu de nuestra raza, de nuestra cultura cristiana, de nuestro ancestro hispánico, saturado de Dios y, por ello, de caridad⁴⁸.

De este modo, mediante la respuesta nacional al terremoto, la solidaridad expresada “por todos los chilenos” y fundada en la cristiandad, deviene “tradicición”⁴⁹. En definitiva, se apela a una comunidad imaginada como solidaria y cristiana capaz de superar esa y cualquier catástrofe.

A partir de los soportes de cristiandad y raza como constitutivos de unidad, la diversidad de las realidades locales y sociales del país se representa como una identidad nacional homogénea. Aunque se reconoce cierta diversidad, ella se entiende desde la variedad territorial más que a partir de las innegables diferencias sociales, ideológicas y culturales que configuran las distintas identidades de la nación. De este modo, la diversidad no es problemática, y se comprende sólo como una característica subordinada dentro de esta unidad superior, constituida por los valores considerados fundamentales.

A pesar de las diferencias climáticas, geográficas y sociales que diversifican las características de nuestra nacionalidad, existe una especie de común denominador, algo impalpable e invisible que a todos nos ata, nos liga y nos confunde en estrecho abrazo: es ese sentimiento de chilenidad que hallamos en la pampa, en la cordillera, en la mina, en el agro o en la ciudad; ese sentimiento que es fuerza indestructible y que nos ha permitido superar en el pasado todas los grandes contratiempos para ir construyendo, contra la rudeza del medio geográfico, una patria digna, noble y bella⁵⁰.

Las frecuentes afirmaciones sobre la unidad nacional –que en este caso se expresan en clave religiosa y racial- se multiplican después del terremoto, siendo acogidas por gran parte de la población, ansiosa de consuelo y sentido tras el terremoto que había puesto de manifiesto con una materialidad sobrecogedora el carácter devastador que podía adquirir la geografía nacional. Se trataba de una respuesta humana frente a una situación absolutamente abrumadora. Por lo mismo, esos discursos de unidad llevaban un correlato de patriotismo y de mirada hacia el futuro, lo que para ellos permitía superar la destrucción del sur de Chile.

Ahora necesitamos trabajo y unidad para restaurar lo perdido, y para que el enorme sacrificio que significa la pérdida de tantas vidas y la ruina de tanta gente sea fructuoso, y nos permita construir, sobre los escombros, una patria más grande, más fuerte, más poderosa y más digna de ser vivida⁵¹.

De este modo, el patriotismo se enlaza con la territorialidad de la nación. Es decir, las características geográficas de Chile determinan las distintas formas que debe asumir la lucha contra la adversidad del medio natural, las que, al mismo tiempo, se despliegan en toda su trayectoria histórica. En otras palabras, se produce cierto complemento entre la adversidad geográfica y la continuidad histórica, el cual pasa a ser una suerte de denominador común que, a su vez, nutriría ese patriotismo de los chilenos:

[...] la naturaleza de Chile es bravía, hoy aquí, mañana allá, de tiempo en tiempo se desencaja y se rebulle, y siembra pánico y dolor; pero su gente, unas curtidas por el sol del desierto, otras por las serranías cordilleranas, o por los vendavales del sur, es tierna y sincera, espontánea y bondadosa. El cataclismo ha destruido mucho; pero también ha reafirmado la fe en nuestra Patria⁵².

Esa patria o nación es concebida por católicos conservadores o social-cristianos como un “todo orgánico”, más allá de las diferencias regionales o sociales. Así lo expresaba la revista doctrinaria del Partido Demócrata Cristiano, al afirmar que “(...)es imposible definir un criterio sobre un programa de reconstrucción para el sur, sin estudiar lo que ocurre en el conjunto de la nación, pues ésta no está dividida en compartimientos, sino que forma un todo orgánico”⁵³.

Es interesante destacar que la visión organicista de la nación era compartida por los defensores del statu quo y por los reformadores sociales de orientación cristiana, aunque para éstos más que “restablecer” el orden que el terremoto se llevó, se trataba de avanzar hacia un desarrollo y prosperidad que todavía no se había logrado. Alcanzarlo sería precisamente el propósito de la reforma de la sociedad, de esa “Revolución en Libertad” que se impulsaría desde el gobierno a partir de 1964: “La catástrofe debe servir para reaccionar a fondo contra ese estado de cosas y reconstruir el sur sobre nuevas bases que no se limiten a ‘restablecer’ lo que existía antes, sino que creen las condiciones necesarias para su desarrollo y prosperidad”⁵⁴.

Naturaleza e instituciones

Otra dimensión fundamental que se evidencia en el escenario del terremoto es la relevancia de la institucionalidad política, asociada a la identidad republicana de la nación. Para enfrentar la furia telúrica que periódicamente se abate sobre Chile, la fortaleza y el espíritu de su pueblo requería ser sostenido por instituciones que le dieran efectividad. La nación que se sobrepone a las catástrofes naturales tenía también esa dimensión institucional; se encarnaba en el Estado que normaba y organizaba la lucha de los chilenos contra la adversidad.

Era la calidad de sus normas, de sus instituciones y de los dirigentes de la república, lo que hacía posible responder con eficacia y tranquilidad a los desafíos de una naturaleza indómita.

Así lo explicitaba, precisamente con motivo de la celebración del Sesquicentenario, el diario del gobierno:

Es reconfortante la impresión que han dejado las festividades de nuestro 150° aniversario nacional. Ellas configuran la imagen de un pueblo capaz de imponerse la disciplina social que corresponde a los tiempos de austero sacrificio que vive, sin renunciar al goce de las expresiones de su alegre optimismo⁵⁵.

En ese contexto, se exaltaba la figura del presidente Alessandri como encarnación de los valores republicanos que permitían al país sobreponerse a la catástrofe. Su imagen de gobernante austero e independiente de los partidos se identificaba con el ideal de unidad nacional. Esto a su vez, aparecía asociado a la tradición presidencialista del país y al paradigma patriarcal de la hacienda en las relaciones entre gobernantes y gobernados.

Chile ha sido castigado duramente, pero restañará sus heridas y la fuerza de trabajo de sus hijos hará florecer nuevamente el progreso en medio de las ruinas. Tal es el mensaje que lleva el Excmo. señor Alessandri, hasta el confín de las tierras devastadas, y su entereza, devoción y patriotismo de chileno ejemplar son el mejor antecedente de que la nación sabrá superar plenamente las trágicas circunstancias actuales, aunque siempre quede el dolor de los que se fueron⁵⁶.

De hecho, el protagonismo presidencial en el ámbito público se hace evidente al observar que la noticia del primer terremoto en las cercanías de Concepción del día 21 de mayo no ocupa el titular del diario El Mercurio. La noticia escogida para titular es: "S.E Dio Cuenta ante el Congreso Pleno del Estado Político y Administrativo de la Nación", y a propósito de ello se informa que el evento fue realizado con sobriedad producto del "[...] sismo de trágicas consecuencias en el sur"⁵⁷.

Tras el terremoto de la madrugada del 21 de mayo, todavía el ritual institucional tiene preeminencia ante el acontecimiento telúrico. E incluso después del cataclismo del día siguiente, aunque nada pudo desplazar a éste de la primera plana, igualmente se sigue destacando la figura presidencial: "De manera particular el Presidente donó 1000 colchones, 1000 frazadas y 5000 chalecos de lana. La partida de la ayuda será enviada en aviones de la Fuerza Aérea de Chile"⁵⁸.

El patriotismo puesto a prueba

El patriotismo que se instaló en el discurso luego del terremoto, en ocasiones fue más allá de la actitud de empatía y solidaridad de unos chilenos con otros, llegando a ser extremo, como en el caso del diputado liberal que argumentaba que los recursos necesarios para la reconstrucción debían provenir de la propia nación, aunque ello fuese materialmente impracticable. De hecho, la decisión fue acoger la cooperación internacional y recurrir también a préstamos en el extranjero.

Los elementos que actualmente están llegando como ayuda, se los roban, destruyen o cambian de manos. Las comunicaciones son allí desastrosas. Nadie ha dormido ni una

noche en Chiloé. Yo comprendo y agradezco la ayuda extranjera; la respeto. Pero tiene que ser Chile, con sus propios medios, quien la coloque, quien edifique y detenga el éxodo hacia otras regiones y haga volver la esperanza a las angustiadas islas... ¡Entiéndanlo por caridad, Honorables diputados...!⁵⁹.

Por otra parte, se planteó un debate respecto a la relación entre los recursos provenientes del extranjero y la autonomía de acción de las colectividades afectadas, estrechamente vinculado a la discusión acerca de las políticas económicas que se debían adoptar para enfrentar la reconstrucción de una gran zona del país. Ello involucraba, a su vez, un enfrentamiento respecto a la visión de sociedad que se esperaba reconstruir.

En ese marco, la revista jesuita *Mensaje* abogaba por dar un espacio al cooperativismo:

Si en la reconstrucción del Sur se espera recibirlo todo del extranjero o del gobierno, y nada de la iniciativa privada, nada tiene que hacer el cooperativismo en este tipo de reconstrucción... En el caso de las cooperativas de vivienda, se acepta el aporte externo, vista la magnitud del problema. Y en el caso de una catástrofe como la del Sur, me imagino que no habrá nadie tan puritano y tan apegado a la letra de los principios que no acepte también una ayuda externa. Pero siempre a condición de que sea una ayuda, de que la cooperativa conserve su autonomía y de que la iniciativa de los asociados se emplee [sic] a fondo⁶⁰.

Por su parte, el diario comunista *El Siglo* denunciaba la insensibilidad del gobierno “ante la tragedia excepcional que hoy vive la médula misma de lo popular chileno”⁶¹.

La ciudadanía exige que un gobierno insensible a la tragedia cotidiana del pueblo se sensibilice [...] Una zona rica en carbón, rica en calidad metalúrgica, rica en producción textil, agrariamente poderosa, llena de empujes creadores, una zona poseedora de hondos caudales humanos e intelectuales, ha sido golpeada⁶².

En este discurso que –de un modo u otro- hacía suyo el conjunto de la izquierda de la época, la “patria” es radicalmente otra que la que se planteaba anteriormente, y se identifica con el pueblo, concebido como el conjunto de las clases explotadas por una oligarquía cuya chilenidad era puesta en cuestión. Sin embargo, el discurso de interpelación patriótica no era tan distinto al de liberales, conservadores y social-cristianos. Dicho de otro modo, pareciera que en la construcción discursiva de la nación se configuraban diversas versiones de ésta, con aspiración a la homogeneidad en algunos casos, y desde la conflictividad –en el sentido de lucha de clases- en otros.

La situación de los trabajadores en esa zona es cada día más angustiada, mientras cada día es más y más acentuada la insensibilidad oficial ante el conmovedor drama humano desatado por los sismos. Los trabajadores tienen el derecho y el deber de decir su palabra, su palabra franca y patriótica, ante estos hechos. Y harán uso de ese derecho y cumplirán con ese deber, aunque las verdades que deban decir –y las dirán en voz alta- sepan a licor amargo en la lengua y el paladar de los poderosos⁶³.

Para las izquierdas, los problemas sociales que enfrenta la nación antecedian a la catástrofe, y ésta no habría hecho sino agravar y profundizar los conflictos y necesidades ya existentes.

El análisis se centraba entonces en las desigualdades sociales como continuidades históricas que han sido parte constitutiva de la nación. Eran esas desigualdades y contradicciones las que, a propósito del terremoto, se habían hecho visibles para aquellos que las negaban o que no podían verlas, y se volvía imprescindible enfrentarlas, aun considerando la enorme dificultad que ello suponía con un gobierno de derecha.

Aunque el gobierno había utilizado el marco institucional creado en la presidencia de Pedro Aguirre Cerda para enfrentar el terremoto de Chillán de 1938, así como la normativa legal de las reformas habitacionales impulsadas por el propio Alessandri con anterioridad al terremoto de 1960; para la oposición de izquierda, las autoridades eran incapaces de asumir el “imperativo moral de carácter nacional”⁶⁴ de tomar medidas de gran envergadura que estuvieran a la altura del desastre.

Así expresaba este punto de vista la revista doctrinaria del Partido Socialista:

La tragedia del sur de Chile [...] se viene a sumar a los males atávicos de la nación, a la dolorosa existencia de sus masas campesinas y obreras, a los grupos de los pequeños industriales, artesanos y empleados que la clase dirigente reaccionaria ha explotado durante largos años. Al mismo tiempo, ella señala de manera acusadora la forma de improvisación permanente en que ha vivido Chile, sin planificación racional, sin base firme su crecimiento económico y social [...] De nuevo a la intemperie, como en los viejos tiempos de la Colonia y los primeros años de la República. Pero, ¿es que alguna vez Chile ha salido de la Colonia? [...] La ola ni el temblor tienen categoría social. Pero cuando han pasado, se puede hacer el balance del desastre. La tierra aparece limpia de viviendas obreras y campesinas, cargada de organismos ataridos y subalimentados, espesa de sudor proletario, tiritando en su orfandad humana. Sólo siguen en pie el cemento retador, la estructura metálica, la lana del traje ciudadano, las tripas que reciben alimento. Lo demás, fosa común [...] Es la patria que ha construido la Derecha⁶⁵.

Y concluía:

La tragedia del Sur debe ser el punto de arranque de un gran movimiento popular que, en torno a las fuerzas innovadoras de la Izquierda chilena, rompa de manera definitiva la estructura colonial de Chile y establezca, con rotundidad y coraje, los fundamentos reales de una nueva sociedad, justa, legítima y progresista⁶⁶.

Esa visión de un pasado colonial que seguía instalado en el presente de las clases trabajadoras era una de las motivaciones que inspiraba a la izquierda de esos años en su lucha por una sociedad radicalmente nueva. Desde esta perspectiva, meses después de la catástrofe, se levantaban las demandas por una solución a los problemas de la población, y se denunciaba

que “la reconstrucción en el papel es la burla más sangrienta a la nacionalidad y la prueba más evidente de la mediocridad, desenfado y antipatriotismo de la reacción”⁶⁷.

El patriotismo se identificaba con la disposición a satisfacer las necesidades de las clases populares y trabajadoras, y no con la retórica de solidaridad levantada en el mes de mayo, que no habría llegado a materializarse. Ello sólo ocurriría si aquella se encarnaba en políticas de orientación socialista, que configurarían una patria nueva, y si el “pueblo” accedía efectivamente al poder político. En ese sentido, el terremoto y sus secuelas reafirmaban la necesidad de una transformación revolucionaria, la que adquiriría forma a lo largo de la década siguiente en el proyecto de “vía chilena al socialismo”.

La creencia en el socialismo como solución, no sólo para todos los problemas de esta y de cualquier sociedad, sino para maximizar incluso la capacidad humana de enfrentar y superar las fuerzas de la naturaleza, alcanzaba una expresión superlativa en las palabras finales del informe sobre el terremoto que el dirigente comunista Volodia Teitelboim presentó ante el Comité Central de ese partido, reunido del 10 al 12 de junio de 1960:

Y pensamos en ese mundo nuevo de que hablamos, donde el hombre va a dominar las fuerzas ciegas de la naturaleza. Ese nuevo mundo que no sólo estará libre del hambre, de la necesidad, de la injusticia, sino también del temor. ¿Y por qué no del temor a los terremotos? Algún día el avance de la sociedad y de la ciencia en una vida en paz y abundancia, de buena habitación para todos, hará que esa maldición que pesa sobre Chile también pueda ser conjurada⁶⁸.

De las grandes narrativas al conocimiento de sí

La experiencia límite del terremoto 9,5° y de sus secuelas motivó también un afán por reflexionar sobre aspectos de lo nacional desde perspectivas más acotadas que las grandes narrativas ideológicas predominantes en la época, intentando develar ciertas características específicas de los chilenos que se originarían en la vivencia periódica de situaciones apocalípticas.

Tal vez por el permanente rehacerse de las ruinas podría afirmar que caracteriza al chileno un fatalismo creador o, más bien, re-creador. Además, y posiblemente por ello mismo, es sobrio, parco de palabras y no confiere mucha importancia a sus limitaciones, aunque le cueste reconocerlas. El “qué tanto será” y el “para qué quiero la plata si me voy a morir”, verdaderos adagios populares, podrían mostrar la búsqueda de una estabilidad que las convulsiones terrestres le regatean⁶⁹.

De esas vivencias extremas se nutrió también una alta valoración de los vínculos sociales que se identificaban como propios de las comunidades locales:

Se puso entonces de manifiesto el poder de la institución que tanto honra a este país: la del compadre y la del amigo, al margen por completo de las distancias sociales. En los barrios más pobres, en general los más dañados, pronto se llenaron las pocas casas mantenidas en pie. A los viejos problemas de arrastre, derivados de la estratificación social, se habían sumado los presentes; pero la inmediata acción de estas nobles instituciones nacionales, además de la del compadre, la del allegado, solucionaron los más de los conflictos de tantos desposeídos de sus casas y de sus pertrechos⁷⁰.

Entonces, en el contexto del desastre provocado por el terremoto y maremoto, no solo se levanta el ideal de unidad nacional, sino que se evidencia la importancia de los vínculos copresenciales propios de las comunidades locales. Por otra parte, se ponía de manifiesto la importancia de la solidaridad internacional. De este modo, se evidenciaban los círculos concéntricos de las identidades y de las comunidades humanas:

Los hombres viven y mueren en comunidad y si ésta les falta, el mundo se torna áspero y frío. Nada de esto nos ha ocurrido en tan dura coyuntura. Nuestra tragedia nos ha mostrado que no estamos solos; que hay manos fraternas que desde todos los puntos del horizonte se tienden hacia nosotros para ayudarnos a sobrellevar la prueba [...] ⁷¹.

Por otra parte, surgieron también llamados explícitos a ir más allá de la retórica y efectivamente aprender de la experiencia, como el que hizo el rector de la Universidad de Chile:

La generación que hoy está en plena madurez ha tenido la experiencia de grandes cataclismos nacionales desde 1906; debió ser [...] suficiente para iluminar nuestros espíritus y fortificar nuestra voluntad; [...] Esa experiencia no ha sido aprovechada y por ello somos todos culpables [...] tengamos una actitud más objetiva y realista para juzgar nuestro país y nuestra gente en lo que hoy somos, en lo que podemos llegar a ser. Organicemos nuestros actos dentro de planes claros y racionales [...] ⁷².

Acontecimiento telúrico y conmemoración nacional

1960 es recordado por el gran terremoto, mucho más que por la celebración del Sesquicentenario. La conmemoración de los 150 años de la República parece haberse esfumado, mientras que el cataclismo del sur nunca ha sido olvidado por quienes lo vivieron ni por quienes recibieron sus testimonios, dejando así su impronta en la memoria y la identidad nacionales.

En cualquier caso, el acontecimiento telúrico, inesperado y devastador, se impuso a todo tipo de programa de conmemoraciones previamente existente. Primero por una razón concreta y práctica: parte del presupuesto destinado a las celebraciones de septiembre fue usado para cubrir la emergencia que se produjo en el sur del país. Pero, principalmente, porque la fuerza de la conmemoración parecía palidecer frente al poder devastador de las fuerzas de la naturaleza.

En el contexto de las fiestas patrias sesquicentenarias, el principal diario de derecha planteaba que las exigencias de la solidaridad nacional harían impropia una celebración desmesurada en la situación que vivían los chilenos del sur:

Creemos que esta limitación de las expansiones nos llevará a que meditemos en la inevitable solidaridad que existe entre los componentes de la nación y que hace que el conjunto se asocie a lo que afecta a cada parte de la gran familia de los chilenos. Sería impropio que los que no han sufrido con los golpes de la Naturaleza se enfrascaran en su tranquilidad y satisfacciones, olvidando que en las provincias del sur hay miles de chilenos que padecen necesidades y que no tienen el techo adecuado para izar en él la bandera nacional⁷³.

La catástrofe sufrida por el país, más allá de su localización regional, aparecía como una ocasión privilegiada para exaltar a la comunidad nacional imaginada, representada desde las diversas versiones de Chile, las que –a su vez- se hacían cargo de una experiencia que por su alcance y profundidad parecía interrumpir su despliegue en la historia.

Por otra parte, la coincidencia entre el acontecimiento telúrico y la conmemoración sesquicentenaria, brindó la oportunidad de integrar a aquél en una gran narrativa que daba sentido incluso a esa vivencia que momentáneamente había parecido desestructurarla. El orden permanente de las narrativas nacionales se imponía así sobre el caos transitorio de la catástrofe. Incluso, adquiriría nuevos bríos al constatar la supervivencia de la nación frente a un desafío tan extremo⁷⁴.

Y aún cuando la experiencia límite del acontecimiento telúrico seguiría siendo irreductible a cualquier discurso, el gran terremoto quedaba así simbólicamente subordinado a uno u otro de los grandes relatos en pugna a la vez que complementarios de los que el Sesquicentenario se levantaba como hito conmemorativo.

Bibliografía

- AA.VV., *Terremotos en Chile*, Santiago, Museo Histórico Nacional–Origo Ediciones, 2009.
- Aghulon, Maurice, *et. al., 1789. La commémoration*, París, Éditions Gallimard, 1999.
- Aguilera M., Silvia (editora), *El terremoto social del Bicentenario*, Santiago, Lom, 2010.
- Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Santillana, Madrid, 2001.
- Anales de la Universidad de Chile*, N° 118, 119 y 120, Santiago, 1960.
- Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas*, México, FCE, 2003.
- Annino, Antonio y Guerra, Francois-Xavier (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE, 2003.
- Barr Melej, Patrick, *Reforming Chile, Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, University of North Carolina Press, 2001.
- Benedetti, Steven, *El terremoto más grande de la historia. 9,5 Richter*, Santiago, Origo Ediciones, 2010.
- Blanco-Amor, Eduardo, *Chile a la vista*, Colección Rostro de Chile. Editorial del Pacífico, Santiago, 1957.

- Candina Polomer, Azún, "El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999), en Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Castedo, Leopoldo, *Hazaña del Riñihue. El terremoto de 1960 y la resurrección de Valdivia. Crónica de un episodio ejemplar de la historia de Chile*, Biblioteca Claves de Chile, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.
- Demange, Christian, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Marcial Pons, 2004.
- Frei, Eduardo, "Reconstrucción y Fomento de las Zonas Devastadas por los Terremotos y Cataclismos de Mayo de 1960" *Política y espíritu* N° 249, agosto 1960.
- Gandarillas, Manuel, "En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos", en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960.
- García Huidobro Correa, Joaquín, et. al., *Escombros en el Bicentenario*, Instituto Democracia y Mercado–Pan American Development Foundation, 2010.
- Gómez Millas, Juan, "La Universidad y los deberes nacionales" (Palabras en la inauguración del Seminario para la construcción de la zona sur, el 13 de junio), *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 12, junio de 1960.
- Guzmán, Nicomedes (ed.), *Autorretrato de Chile*, Ed. Zig-zag, Santiago 1957.
- Hernández Aracena, Joaquín Ignacio. "Recordando los grandes sismos de 1960. Hacia una historia de la memoria", *Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009.
- Hernández Parker, Luis, *Catástrofe en el paraíso: reportaje al sur de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1960.
- Hobsbawm, Eric J., *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 2000.
- Hobsbawm, Eric J. y Ranger, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Labarca. Benedicto, "El problema educacional en Chile" (continuación), en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960.
- Larraín, Jorge, *Identidad chilena*, Santiago, Lom, 2001.
- Manns, Patricio, *Los terremotos chilenos*, Colección Nosotros los chilenos 15 y 16, Santiago, Quimantú, 1972.
- Mellafe, Rolando, "El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades", *Atenea*, N° 442, octubre 1981.
- Miller, Nicola, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth Century Spanish America*, Londres y Nueva York, Verso, 1999.
- Morales Álvarez, Raúl, "Vida y pasión sin muerte de la cueca" en *Zig-Zag*, N° 2893, Año 56, 16 de septiembre 1960.
- Mosse, George L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005
- Onetto Pavez, Mauricio. "Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2007, <http://nuevomundo.revues.org/7442>.
- Peralta C., Paulina, *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)*, Santiago, Lom, 2007.
- Pérotin-Dumon, Anne, "El pasado vivo de Chile en el año del Informe sobre la Tortura", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005, <http://nuevomundo.revues.org/954>.
- Riquelme Segovia, Alfredo, "Una república entre dos centenarios", en Ricardo Lagos Escobar (Editor), *Cien años de luces y sombras*, Santiago, Taurus, 2010, Tomo 1.
- Rorty, Richard, *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999.
- Sagredo Baez, Rafael y González Leiva, José Ignacio, *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Editorial Universitaria, 2004.
- Saz Campos, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- Silva Avaria, Bárbara, *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario*, Santiago, Lom, 2008.
- Smith, Anthony, *Nationalism. Theory, Ideology, History*, Cambridge, Polity Press, 2001.
- Stern, Steve, *The Memory Box of Pinochet's Chile* (Trilogy), Durham y Londres, Duke University Press, 2004, 2006 y 2010.
- Terremotos en Chile. Valparaíso, Chillán, Valdivia*. Santiago, Museo Histórico Nacional, 2009.
- Teitelboim, Volodia, *El pueblo y el terremoto*, Impresores Lira 363, Santiago, 1960.
- Trillo, Mauricio Tenorio, *Historia y celebración. América y sus centenarios*, Barcelona, Tusquets, 2010.
- Uribe Echevarría, Juan, *Antología para el Sesquicentenario 1810-1960*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960.
- Urrutia de Hazbún, Rosa y Lanza Lazcano, Carlos, *Catástrofes en Chile 1541-1992*, Santiago, Editorial La Noria, 1993.
- Valenzuela Márquez, Jaime, "El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial", en Jaime Valenzuela Márquez, *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007.
- Vega, Alicia, *Itinerario del cine documental chileno 1900 – 1990*. Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2006.
- Vega Palma, Alejandra, "Descripción geográfica e identidad territorial: representaciones hispanas de la Cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo XVI", *Tesis de Doctorado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005.
- Villoro, Juan, 8,8: *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.
- Walker, Charles F., *Shaky Colonialism. The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and its Long Aftermath*, Durham, Duke University Press, 2008.

Wilde, Alexander, "Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile's Transition to Democracy", *Journal of Latin American Studies*, N° 31, 1999.

Zeilinga de Boer, Jelle & Sanders, Donald Theodore, *Earthquakes in Human History. The Far Reaching Effects of Seismic Disruptions*, Princeton, Princeton University Press, 2005.

Notas

* Este artículo es parte del Proyecto N° 1070445 del Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (FONDECYT) "Chile entre dos centenarios. Ideas, historias e imágenes en torno a la nación en el año del Sesquicentenario (1960)". Los autores agradecemos la colaboración de Isabel Castillo, Paula Lekanda y Valentina Orellana, en el marco de este proyecto.

¹ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Vigésima segunda edición (2001), <http://buscon.rae.es/drae/>.

² Sobre el contexto y los efectos del terremoto del 27 de febrero de 2010, cfr. Silvia Aguilera M. (Editora), *El terremoto social del Bicentenario*, Santiago, Lom, 2010, que reúne dos ensayos fotográficos y doce escritos convergentes en una perspectiva crítica "de izquierda" del modelo económico y social imperante. Una mirada muy distinta, cargada de esencialismo nacional "de derecha", es la de Joaquín García Huidobro Correa *et. al.*, *Escombros en el Bicentenario*, Instituto Democracia y Mercado – Pan American Development Foundation, 2010. Acerca de la experiencia misma del terremoto, cfr. Juan Villoro, 8,8: *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

³ Aunque no existe una producción historiográfica sobre el tema de dimensiones acordes a la sismicidad del territorio chileno y al modo en que los terremotos han incidido en la historia del país, cabe destacar ciertos trabajos que han estudiado desde las perspectivas y metodologías de la disciplina este fenómeno o algunas de sus manifestaciones. Cfr. Rolando Mellafe, "El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades", *Atenea*, N° 442, octubre 1981, pp. 121-128; Jaime Valenzuela Márquez, "El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial", en Jaime Valenzuela Márquez, *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007, pp. 27-65; Mauricio Onetto Pavez, "Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2007, <http://nuevomundo.revues.org/7442>; Joaquín Ignacio Hernández Aracena, "Recordando los grandes sismos de 1960. Hacia una historia de la memoria", *Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009. Por otra parte, existen algunas síntesis de interés, pese a carecer del aparato crítico que caracteriza a los trabajos propiamente historiográficos. Entre éstas, cfr., Patricio Manns, *Los terremotos chilenos*, Colección Nosotros los chilenos 15 y 16, Santiago, Quimantú, 1972; Rosa Urrutia de Hazbún y Carlos Lanza Lazcano, *Catástrofes en Chile 1541-1992*, Santiago, Editorial La Noria, 1993; y AA.VV., *Terremotos en Chile*, Santiago, Museo Histórico Nacional – Origo Ediciones, 2009.

⁴ Sobre el terremoto de 1960, cfr. Steven Benedetti, *El terremoto más grande de la historia. 9,5 Richter*, Santiago, Origo Ediciones, 2010; Joaquín Ignacio Hernández Aracena, *op.cit.*; Leopoldo Castedo, *Hazaña del Riñihue. El terremoto de 1960 y la resurrección de Valdivia. Crónica de un episodio ejemplar de la historia de Chile*, Biblioteca Claves de Chile, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000; Luis Hernández Parker, *Catástrofe en el paraíso: reportaje al sur de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1960.

⁵ Es por eso que el análisis de esas conmemoraciones se ha convertido en un importante aspecto del estudio de los procesos de construcción nacional y de formación y transformación de las identidades colectivas de las sociedades, integrando las perspectivas cultural y política en su historicidad.

⁶ Entre la vasta producción académica que en las últimas décadas se ha consagrado a las conmemoraciones como ocasiones de preservación, modificación o transformación de la memoria y la conciencia históricas de las comunidades nacionales, cfr. George L. Mosse, *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005; Maurice Aghulon *et. al.*, 1789. *La commémoration*, París, Éditions Gallimard, 1999; Christian Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Marcial Pons, 2004; Mauricio Tenorio Trillo, *Historia y celebración. América y sus centenarios*, Barcelona, Tusquets, 2010; Paulina Peralta C., *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)*, Santiago, Lom, 2007; Bárbara Silva Avaria, *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario*, Santiago, Lom, 2008. Sobre la nación como comunidad vivida o imaginada, cfr. Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, México, FCE, 2003; Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 2000; Anthony Smith, *Nationalism. Theory, Ideology, History*, Cambridge, Polity Press, 2001; José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Santillana, Madrid, 2001; Ismael Saz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; Antonio Annino y Francois-Xavier Guerra (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE, 2003; Nicola Miller, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth*

Century Spanish America, Londres y Nueva York, Verso, 1999; Jorge Larraín, *Identidad chilena*, Santiago, Lom, 2001; Patrick Barr Melej, *Reforming Chile, Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, University of North Carolina Press, 2001.

⁷ Richard Rorty, al abordar el vínculo entre creencias y hegemonías, afirmaba que “Dewey fue tan consciente como Foucault de que la verdad y el poder son inseparables y que lo que cuenta como pretensión de verdad depende de quién consigue definir los términos de la discusión.” Richard Rorty, *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 14.

⁸ Cfr. Bárbara Silva Avaria, *op. cit.*; y Alfredo Riquelme Segovia, “Una república entre dos centenarios”, en Ricardo Lagos Escobar (Editor), *Cien años de luces y sombras*, Santiago, Taurus, 2010, Tomo 1, pp. 103-151.

⁹ Cfr. Azún Candina Polomer, “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999)”, en Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 9-51; Alexander Wilde, “Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile’s Transition to Democracy”, *Journal of Latin American Studies*, N° 31, 1999, pp. 473-500; Anne Pérotin-Dumon, “El pasado vivo de Chile en el año del Informe sobre la Tortura”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005, <http://nuevomundo.revues.org/954>; Steve Stern, *The Memory Box of Pinochet’s Chile* (Trilogy), Durham y Londres, Duke University Press, 2004, 2006 y 2010.

¹⁰ En este sentido, el Sesquicentenario puede entenderse como un escenario que acoge un diálogo de la nación y de la identidad con las ideologías propias y determinantes del siglo XX.

¹¹ En palabras del periodista Luis Hernández Parker, escritas en 1960 a propósito del terremoto y los días que le siguieron, “fue el tiempo en que Chile se mostró entero”. Luis Hernández Parker, *op. cit.*, citado en Proyecto Conmemoración 50 años Terremoto 1960, <http://www.terremoto1960.cl/>.

¹² Cfr. Jelle Zeilinga de Boer & Donald Theodore Sanders, *Earthquakes in Human History. The Far Reaching Effects of Seismic Disruptions*, Princeton, Princeton University Press, 2005. En ese libro, los autores, junto con explicar geológicamente los terremotos, abordan sus efectos inmediatos y mediatos sobre las personas y comunidades que los sufren. Para una perspectiva propiamente historiográfica acerca de la interacción entre un acontecimiento telúrico y el imaginario, las estructuras y las políticas de una sociedad, cfr. Charles F. Walker, *Shaky Colonialism. The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and its Long Aftermath*, Durham, Duke University Press, 2008.

¹³ *La Nación*, Domingo 22 de Mayo, 1960, p. 1.

¹⁴ *La Nación*, “Presidente Inauguró Período Legislativo”, Domingo 22 de mayo, 1960, p. 1.

¹⁵ Benedetti, *op. cit.*, p. 69.

¹⁶ *Ibidem.*, p. 89.

¹⁷ Testimonio de Eduardo Morales, en *Terremotos en Chile. Valparaíso, Chillán, Valdivia*. Santiago, Museo Histórico Nacional, 2009. p. 120.

¹⁸ Benedetti, *op. cit.*, p. 88.

¹⁹ Testimonio del padre Deschamps, en *Terremotos en Chile...*, *op. cit.*, p. 107.

²⁰ Testimonio de Eduardo Morales, en *Terremotos en Chile...*, *op. cit.*, p. 120.

²¹ Castedo, *op.cit.*

²² Para apreciar como esta identidad adscrita al territorio precede largamente a la propia formación de la nación, cfr., Alejandra Vega Palma, “Descripción geográfica e identidad territorial: representaciones hispanas de la Cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo XVI”, *Tesis de Doctorado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005; Rafael Sagredo Baez y José Ignacio González Leiva, *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Editorial Universitaria, 2004. Esta imagen territorial de la identidad chilena se afianza a lo largo del siglo XIX, en correspondencia con la difusión de las instituciones y los actores estatales por un espacio nacional en expansión. La chilenización de sus habitantes, que se extendería al siglo XX, fue así acompañada de la nacionalización de su entorno geográfico.

²³ *La Nación*. Tribuna Libre “Invocación a Chile”, Editorial, Lunes 19 de septiembre 1960. p. 3.

²⁴ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 13 y ss.

²⁵ *La Nación*. “Acto del Sesquicentenario será Congreso de Geografía”, Miércoles 4 de mayo 1960, p. 2.

²⁶ *Ercilla*, N° 1323, 28 de septiembre de 1960, Santiago, p. 31, en Vega, Alicia, *Itinerario del cine documental chileno 1900 – 1990*. Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2006.

²⁷ Eduardo Blanco-Amor. *Chile a la vista*, Colección Rostro de Chile. Editorial del Pacífico, Santiago, 1957.

²⁸ Nicomedes Guzmán (ed.). *Autorretrato de Chile*, Ed. Zig-zag, Santiago 1957.

²⁹ Juan Uribe Echevarría. *Antología para el Sesquicentenario 1810-1960*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960.

³⁰ *Anales de la Universidad de Chile*, n° 118, 119 y 120, Santiago, 1960.

³¹ Álvaro Bunster Briceño, “Discurso leído al inaugurar la exposición fotográfica *El Rostro de Chile*, por el Secretario General de la Universidad de Chile. Jueves 13 de octubre de 1960”, en *Anales de la Universidad de Chile* N° 119, Tercer Trimestre de 1960, Santiago, p. 319.

³² Manuel Gandarillas. “En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos” en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 6.

³³ Benedicto Labarca. “El problema educacional en Chile”.(continuación), en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 55-56.

³⁴ Raúl Morales Álvarez. “Vida y pasión sin muerte de la cueca” en *Zig-Zag*, N° 2893, Año 56, 16 de septiembre 1960, p. 29.

- ³⁵ Manuel Gandarillas. "En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos" en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 7.
- ³⁶ *Idem*.
- ³⁷ José Ortega y Gasset, "Discurso en el Parlamento Chileno (Fragmento)" [1928, refiriéndose al terremoto de Talca, acaecido el 1 de diciembre de ese año], en Juan Uribe Echevarría, *Antología para el Sesquicentenario*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960, pp. 103-104.
- ³⁸ Gabriela Mistral, "Geografía Humana de Chile" (*Boletín de la Unión Panamericana*, abril de 1939, Washington) [refiriéndose al terremoto de Chillán, acaecido el 24 de enero de ese año], en Juan Uribe Echevarría, *Antología para el Sesquicentenario*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960, pp. 66-67.
- ³⁹ *Zig-Zag*, "Ira sísmica", N° 2877, Año 56, 27 de Mayo de 1960, p. 19.
- ⁴⁰ Rector Juan Gómez Millas, "La Universidad y los deberes nacionales" (Palabras en la inauguración del Seminario para la construcción de la zona sur, el 13 de junio), *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 12, junio de 1960, p. 15.
- ⁴¹ *En Viaje*, "Y ahora, ¡reconstruyamos!", Editorial, N° 322, agosto de 1960, p. 1.
- ⁴² *El Diario Ilustrado*. "Chile afronta estoicamente furia desatada de fuerzas destructoras". Martes 24 de mayo de 1960, p. 1.
- ⁴³ Manuel Gandarillas. "En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos" en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 7.
- ⁴⁴ *El Diario Ilustrado*. Editorial. "Solidaridad ante el dolor". Lunes 23 de mayo de 1960, p. 3.
- ⁴⁵ *Mensaje*, Sección Editorial. "Tragedia y Esperanza". N° 90, vol. IX, julio 1960. p. 229.
- ⁴⁶ *Ibidem.*, pp. 231-232.
- ⁴⁷ *El Diario Ilustrado*, Editorial. "Sursum corda". Martes 24 de mayo de 1960, p. 3.
- ⁴⁸ *El Diario Ilustrado*, "Dolor y Unidad". Domingo 29 de mayo de 1960, p. 10.
- ⁴⁹ Cfr. Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (Eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- ⁵⁰ *El Diario Ilustrado*, Editorial. "Sursum corda". Martes 24 de mayo de 1960, p. 3.
- ⁵¹ *El Diario Ilustrado*. Editorial. "Lo que ahora necesitamos". Jueves 26 de mayo de 1960, p. 3.
- ⁵² *Mensaje*, Sección Signos del Tiempo. (Andrés Cox Balmaceda S. J.) "Valdivia entrega a sus hijos". N° 92, vol. IX, septiembre 1960, p. 376.
- ⁵³ Eduardo Frei. "Reconstrucción y Fomento de las Zonas Devastadas por los Terremotos y Cataclismos de Mayo de 1960" *Política y espíritu* N° 249, agosto 1960, segunda quincena, p. 13.
- ⁵⁴ *Política y Espíritu*, Sección Política Nacional. "El memorándum del Partido Demócrata Cristiano". N° 246, julio 1960, primera quincena p. 3.
- ⁵⁵ *La Nación*, "Digna Celebración", Editorial, Martes 20 de septiembre 1960 p. 4.
- ⁵⁶ *La Nación*, "El Presidente al frente de su pueblo", Editorial, Martes 24 de mayo, 1960, p. 3.
- ⁵⁷ *El Mercurio*, Cuerpo I, Domingo 22 de mayo. p. 1.
- ⁵⁸ *El Mercurio*, Cuerpo I, "Donación Particular Hizo S.E", Martes 24 de mayo, 1960, p. 1.
- ⁵⁹ Declaraciones del diputado liberal Raúl Aldunate Phillips, 24 de junio en *Nosotros los chilenos* N° 16. Patricio Manns. "Los terremotos chilenos", Libro segundo. Serie "Hoy contamos", Editorial Quimantú, mayo 1972. p. 59.
- ⁶⁰ *Mensaje*, Sección Signos del Tiempo. (H.M.R.) "Ante la Catástrofe del Sur. Reflexiones de un cooperativista". N° 91, vol. IX, agosto 1960, p. 316.
- ⁶¹ *El Siglo*, Editorial. "La urgente solidaridad". Domingo 22 de mayo de 1960, p. 6.
- ⁶² *Idem*.
- ⁶³ *El Siglo*, Editorial. "La Conferencia de la CUT" Sábado 3 de diciembre de 1960, p. 2.
- ⁶⁴ *El Siglo*, Editorial. "Auxilio de gran envergadura" Martes 24 de mayo de 1960, p. 2.
- ⁶⁵ *Arauco*, Sección Crónica. "La Tragedia del Sur" N° 8, Año I, Junio de 1960, p. 51-52.
- ⁶⁶ *Idem*.
- ⁶⁷ *Arauco*, Sección Crónica. "La reconstrucción en el papel" N° 12, Año II, Noviembre de 1960, p. 47.
- ⁶⁸ Volodia Teitelboim, *El pueblo y el terremoto*, Impresores Lira 363, Santiago, 1960, p. 76.
- ⁶⁹ Castedo, *op. cit.*, p. 31.
- ⁷⁰ *Ibidem* pp. 41-42.
- ⁷¹ *La Nación*, "No estamos solos", Viernes 27 de mayo, Editorial, 1960, p. 3.
- ⁷² Rector Juan Gómez Millas, *op. cit.*, pp. 15-18.
- ⁷³ *El Mercurio*, "En Vísperas de Fiestas Patrias", Editorial, Sábado 17 de septiembre, 1960, p. 23.
- ⁷⁴ En este sentido, los terremotos parecen ocupar en las grandes narrativas nacionales del siglo XX y del siglo XXI, un lugar análogo al que las guerras externas tuvieron en los relatos que forjarían la identidad chilena durante el siglo XIX: el de desafíos extremos que ponen a prueba la fortaleza, la unidad y el sentido de una nación que alcanza así una dimensión épica.